

La Vida del Hermano Lawrence

Una verdad que constantemente se repite en la Biblia es que el brazo de Dios nunca se acorta. La misericordia de Dios no puede agotarse por causa de nuestras miserias humanas. El poder de su gracia no es menos eficaz que en los primeros días de la Iglesia. Dios quiso tener santos para Él hasta el final del mundo. Estos santos le rendirían un respeto digno de su grandeza y majestad, y serían modelos de virtud. Dios no está satisfecho con sólo tener a esos hombres extraordinarios de los primeros siglos. Todavía levanta a hombres que perfectamente cumplen los deberes de un santo, y que guardan los frutos del Espíritu en sus vidas, las transmiten y hacen que su trayectoria motive a otros **(Este recuento de la vida del hermano Lawrence se publicó después de su muerte por José de Beaufort, su buen amigo).**

El hermano Lawrence de la Resurrección fue un hombre extraordinario de la orden de los Carmelitas. Dios hizo que naciera en estos últimos tiempos para que lo reverenciara y para que proporcionara un ejemplo fiel en la práctica de todas las virtudes. Su verdadero nombre fue Nicolás Herman. Su padre y su madre fueron personas que llevaron una vida ejemplar y le enseñaron en su niñez el temor de Dios. Eran particularmente cuidadosos en la educación de él, por lo que sólo le dieron las lecciones que eran consecuentes con el evangelio.

Cuando joven, se unió al servicio militar. Se condujo con sencillez y honestidad. Y comenzó a recibir pruebas de la bondad y misericordia de Dios.

Fue hecho prisionero por un cuerpo pequeño de tropas alemanas y lo acusaron de ser espía. ¿Quién puede imaginar hasta dónde llegó su paciencia y calma durante este suceso desagradable? Ellos lo amenazaron con colgarlo. Pero simplemente contestó que no era lo que ellos pensaban, agregando que jamás había cometido algo que le remordiera la conciencia. La muerte no lo asustó. Cuando los funcionarios encargados de lincharlo escucharon su testimonio, lo dejaron en libertad.

Más tarde, nuestro joven soldado fue herido y su lesión lo forzó a retirarse al hogar de sus padres, a unos cuantos kilómetros de la base militar. Esto le dio la oportunidad de emprender un oficio más santo: luchador bajo el estandarte de Jesucristo. Decidió darse por completo a Dios y enmendar su conducta pasada; sin altanería, pero con sentimientos de devoción verdadera. Dios entonces dejó que percibiera lo vano de los placeres del mundo y lo tocó con su amor celestial.

Sin percibir la plenitud de la gracia de Dios, el hermano Lawrence no dejó que la gracia aliviara de manera inmediata sus problemas. Luchó con preocupaciones serias sobre su inestabilidad, su infidelidad y la traición de los llamados amigos. La verdad eterna del Señor por fin conquistó sus temores. Él decidió de forma rotunda aceptar las enseñanzas del evangelio y caminar en las huellas de Jesucristo.

Esto trajo una luz nueva a su semblante. Lo libró de las dificultades que el diablo y el mundo normalmente ponen en el camino de los que quieren ofrecerle la vida al Señor. Nuestro hermano adquirió una firmeza prudente que le dio la fuerte determinación, como por un milagro, de perderse en la presencia de Dios. Meditar en las promesas del Señor y el amor de Lawrence por Jesucristo lo transformaron en otro hombre. La humildad de la cruz se volvió más deseable para él que toda la gloria que el mundo le ofrecía.

Revestido de un celo divino el hermano Lawrence, buscó a Dios en la intimidad y la sinceridad de su corazón. Ya que su alma estaba cansada de la dolorosa vida, decidió retirarse al desierto. Allí, con su nueva fortaleza cristiana, estaba más cerca de Dios. Nunca antes había experimentado tal cercanía de Dios.

Lawrence pronto descubrió que no es saludable para neófitos en la fe la vida solitaria. Se ve la vida con alegría y luego con tristeza; con paz y entonces con dificultad. Estas altas y bajas gobernaban su alma en la inmensidad de aquel desierto. El hermano Lawrence comenzó a dudar de la sabiduría de su decisión de retirarse al desierto, y deseó vivir dentro de una hermandad cristiana. La vida dentro del grupo estaría fundamentada en la roca firme de Jesucristo, en lugar de en las arenas movedizas de la devoción individual y temporal. Los miembros del grupo se edificarían y exhortarían moralmente los unos a los otros. Además, se protegerían unos a otros de la sombra de variación de sus antojos individuales. Aunque el primer paso fue difícil, fue persuadido por Dios de que debía ir a París donde se hizo miembro de la orden de los Carmelitas. Allí cambió su nombre de Nicolás Herman al de hermano Lawrence.

Desde el principio, la oración era de importancia particular para él. No le importó cuánto trabajo tenía, nunca acertó su tiempo de oración. Implorando la presencia de Dios y su amor pronto se convirtió en el ejemplo de sus compañeros de clase en el monasterio. Aunque se les asignaron los trabajos más difíciles, nunca se quejó. La gracia de Dios en realidad lo sostuvo en todo lo que era desagradable.

Su fidelidad a Dios fue ejemplar. Cuando de sus superiores le dijo equivocadamente que se comentaba su despido del monasterio, contestó: "Estoy en las manos de Dios. Él hará conmigo lo que le agrade. Si no lo sirvo aquí, lo serviré en otra parte."

Sin embargo, cuando el hermano Lawrence intentó sumergirse en una vida espiritual más profunda, la memoria de sus pecados pasados lo hundieron en la incertidumbre y se juzgó como un gran pecador, indigno de la atención de Dios. Esto lo llevó a diez años de intensa lucha en la que a menudo dudaba de su salvación. Con un corazón afligido, derramaría sus problemas ante Dios. Pero sus temores al costo de servir a Dios, le hizo resistir la salvación eterna.

En ese tiempo amargo y oscuro, el hermano Lawrence encontró poco consuelo en la oración. No obstante, continuó doblando sus rodillas ante el Todopoderoso. Su mayor deseo era depositar su confianza en Dios y agradarlo. Aun cuando pensó dejarlo todo, encontró fuerza interna y el valor para resistir. Por último, clamó a Dios: "Ya no me importa lo que hago o lo que sufro, con tal de mantenerme unido amorosamente a tu voluntad."

Esta era precisamente la disposición que Dios deseaba que él tuviera antes de derramar las bendiciones de su presencia. El hermano Lawrence desconocía que Dios era misericordioso con pecadores iguales que él. No sabía que había sido perdonado por la sangre de Jesucristo derramada en el Calvario. Desde ese momento, la firmeza en su alma creció como nunca. Dios, que puede lograr en un momento cosas maravillosas, abrió los ojos del hermano Lawrence. Recibió una revelación divina de la majestad de Dios que iluminó su espíritu, disipando todos sus temores, dolores y luchas internas. Desde ese momento, meditó en el carácter y la amorosa bondad de Dios, la cual amoldó su propio carácter. Esta experiencia llegó a ser tan natural en su vida que pasó los últimos cuarenta años en la práctica continua de la presencia de Dios; la descubrió en una conversación quieta y familiar con el Rey de reyes y Señor de señores.

Descubrió la presencia de Dios en lo más profundo de su corazón cuando estuvo dispuesto a practicar esa presencia. Luego diría que la presencia de Dios tenía que mantenerse en el corazón y por amor, en lugar de mantenerla por el entendimiento.

"En los caminos de Dios, dijo, los pensamientos cuentan muy poco, mientras que el amor todo lo puede.

"Es necesario, continuó, tener grandes cosas que hacer. Volteo mi pequeña tortilla en la cacerola por amor a Dios; cuando termino, si no hay nada que hacer, me postro en tierra y adoro a Dios que me dio la gracia para hacerla. Luego me levanto más satisfecho que un rey. Cuando no puedo hacer nada más, me basta con haberme elevado a Dios.

"Muchas personas buscan métodos para aprender a amar a Dios. Esperan llegar a Él por medio de diferentes prácticas, pero les es muy, difícil mantenerse en la presencia de Dios debido a la cantidad de fórmulas que tienen para acercarse a Él. ¿No sería más fácil y directo hacer todo por amor a Dios en las fábricas, los talleres, los hospitales, las escuelas, y mantener su presencia en nuestro corazón? No hay sutileza en esto, sólo tenemos que hacerlo generosa y sencillamente."

Cuando uno de los hermanos le preguntó sobre sus medios de practicar la presencia de Dios, contestó con su sencillez acostumbrada:

"Cuando entré en el monasterio, contemplé a Dios como el principio y el fin de todos mis pensamientos y sentimientos de mi alma. Durante las horas designadas para orar, medité en la verdad y el carácter de Dios que debemos por fe, en lugar de pasar el tiempo en meditaciones laboriosas y en lecturas. Al meditar únicamente en Jesucristo mismo, crecí en su conocimiento y decidí permanecer en su presencia para siempre.

"Sumergido en mi comprensión de la majestad de Dios, me encerraba a solas en la cocina. Allí solo, después de realizar todo mi trabajo, me entregaba a la oración: el resto de tiempo que me quedaba.

"Tomaba un tiempo para orar al iniciar mi trabajo y al finalizarlo. Al inicio de mis deberes oraba al Señor con confianza: "Mi Dios, ya que estás conmigo, debo ocuparme de cosas externas, pero concédeme la gracia de mantenerme contigo en tu presencia. Trabaja conmigo, de manera que mi esfuerzo pueda ser el mejor. Recibe como una ofrenda de amor mi trabajo y todos mis afectos."

"En mi trabajo siempre continuaba esta práctica de conversar con Dios que estaba allí conmigo. Le ofrecía mi adoración y gratitud por la ayuda de Él. Si al finalizar mi responsabilidad encontraba algo loable, se lo agradecía a Dios. Si por el contrario, encontraba errores, le pedía su perdón.

"Todos los días continuaba en la presencia Dios, y rápidamente buscaba su perdón cuando caía o me desviaba. Ahora su presencia es natural y fácil para mí, a diferencia de antes, cuando era tan difícil lograrla."

Después que se dio cuenta de las grandes bendiciones que esta experiencia santa trae al alma, el hermano Lawrence aconsejó a todos sus amigos a que la practicaran cuidadosa y fielmente. Deseando emprender este hecho con una resolución firme y valerosa, usó las razones más fuertes para persuadir a sus amigos. En su entusiasmo espiritual y por su ejemplo piadoso, tocó no sólo sus mentes, sino que penetró en sus corazones; los ayudó a amar y a emprender esta práctica santa con mucho fervor, aun cuando lo habían mirado con desdén e indiferencia. Su ejemplo en realidad habló más que sus palabras. El que miraba al hermano Lawrence deseaba estar en la presencia de Dios cuán ocupado estuviera.

Él llamó a la práctica de la presencia de Dios la manera más fácil y corta de lograr la perfección cristiana y a la vez, protegernos del pecado.

Cuando estaba ocupado en la cocina, era evidente que su espíritu moraba en Dios. A menudo trabajaba por dos, aunque nunca se mostró abatido. Más bien, le dio el tiempo que requería a cada quehacer, siempre guardando la calma y su modesta

personalidad; sin trabajar despacio o rápido, morando en la tranquilidad del alma y la paz inalterable.

En esta unión íntima con el Señor, la pasión de nuestro hermano creció con tanta calma que escasamente se sentía. Desarrolló una disposición mansa y completamente sincera, y el corazón más caritativo del mundo. Su rostro, su aire cortés y afable, su manera sencilla y modesta pronto le ganó la estima y la buena voluntad de todo el mundo. Mientras más se familiarizaban con él, más conocían su condición de hombre de bien.

A pesar de su vida sencilla en el monasterio, no fingió ser un hombre austero o melancólico, que sólo sirve para desairar personas. Al contrario, confraternizó con todo el mundo y trató a sus hermanos como amigos, sin tratar de distinguirse sobre ellos. Nunca tomó la gracia de Dios como merecida, y jamás mostró sus virtudes para ganar fama, tratando más bien de llevar una vida desconocida. Aunque era tímido, nunca buscó la gloria de la humildad sino su realidad. Quería que Dios sólo viera lo que hacía, porque deseaba recibir de Él el galardón de la vida eterna.

Aunque era por naturaleza reservado, no tenía dificultad en comunicar sus pensamientos para la edificación de sus hermanos. Se observó, sin embargo, que prefirió a los de espíritu humilde y los que eran menos orgullosos en la relación íntima que tenían con Jesucristo, que los que eran más ilustres. Cuando encontró a tales cristianos les explicó todo lo que sabía. Con simplicidad maravillosa el hermano Lawrence les descubrió los secretos más hermosos de la vida espiritual y los tesoros de la sabiduría divina. La dulzura que acompañaron sus palabras inspiró a los que venían de lejos a escucharlo. El amor de Dios penetró tanto en sus vidas, que salían con el deseo ardiente de exponer las grandes verdades que acababan de escuchar de la boca de ese varón de Dios. Más por amor que el temor a su juicio, Dios guió al hermano Lawrence por sendas de justicia.

Alentó a otros cristianos a contar con el amor de Dios para dirigirlos en sus vidas espirituales, en lugar del conocimiento de hombres sabios. Decía a sus hermanos, que era el Creador el que enseñaba la verdad que en un momento instruía al humilde y hacía que comprendiera más sobre los misterios de Dios mejor que el que había pasado largos años estudiando.

Por esta razón evitó contestar las preguntas capciosas que no conducen a nada, que sirven para mortificar el espíritu y secar el corazón. Cuando era requerido por sus superiores para que contestara alguna pregunta difícil en uno de los seminarios, el hermano Lawrence, con sus respuestas siempre claras y oportunas, los dejaba sin comentarios. Esta notable capacidad fue descubierta por muchos hombres sabios. Un obispo ilustre de Francia, que se entrevistó con él muchas veces, dijo que Dios hablaba a través del hermano Lawrence, revelándole sus misterios divinos gracias a la grandeza y la pureza de su amor por Él.

El andar cristiano del hermano Lawrence comenzó con la comprensión profunda del poder y la sabiduría de Dios. Este conocimiento se volvió la semilla de toda su perfección. Al principio, la fe era la única luz con que podía conocer a Dios. Cuando maduró, permitió que la fe las guiara por los caminos de Dios. Muchas veces, dijo que todo lo que encontró en los libros y aun en los tratados que escribió, no tenían ninguna importancia comparado con lo que la fe le reveló sobre la gloria de Dios y de Jesucristo. En sus propias palabras, dijo:

"Él es capaz de darse a conocer tal y como es. Podemos investigar, con razonamientos y en las ciencias, y lo único que encontraremos es una copia pobre, ya que dejamos de ver en Dios un original excelente. Dios mismo se dibuja en las profundidades del alma. Debemos avivar nuestra fe sobre todo otro sentimiento;

adorar a Dios el Padre y a su Hijo Jesucristo en la totalidad de sus perfecciones divinas, tal y como ellos son en su esencia y naturaleza. Esta es la forma de ejercitar la fe dentro de la Iglesia, y basta para llegar a una perfección tan alta.»

La virtud principal del hermano Lawrence era su fe. Como el justo vive por la fe, así la fe era la vida y el alimento de su alma. Su vida espiritual progresó visiblemente debido a la manera en que la fe vivificó su alma. La misma lo llevó a Dios, y lo elevó sobre el mundo, que se convirtió en pequeña cosa ante sus ojos. Él buscó la felicidad sólo en Dios.

La fe fue su gran instructor. Fue la misma que le dio, de forma indescriptible, una alta estima por Jesucristo, el Hijo del Altísimo, que reina como Rey de reyes y Señor de señores. Se consagró de tal manera a Jesucristo, que pasó muchas horas, días y noches, a sus pies ofreciéndole alabanza y adoración.

Esta misma fe le dio un respeto profundo y un gran amor por la Palabra de Dios. Nuestro hermano creyó que los libros de las academias más famosas enseñaban muy poco comparados con el Gran Libro de Dios. Con esa convicción, creyó la verdad que la fe la había enseñado, y que a menudo usó para decir que sólo ella pudo satisfacerlo. Ya que la perfección de Dios es infinita, es por consiguiente indescriptible; las palabras no son lo suficiente elocuentes para dar una descripción completa de su grandeza. "Es la fe la única que me hace conocer como Él es. Por medio de la fe aprendo más rápido sobre el Todopoderoso, que la instrucción que puedo obtener mediante muchos años en la escuela.»

La fe le dio al hermano Lawrence una firme esperanza en la bondad de Dios, la confianza en su providencia y la capacidad de entregarse por completo en las manos de Él. Nunca se preocupó por él mismo; más bien, se lanzó en los brazos de la infinita misericordia de Dios. Mientras más cosas le ocurrían, más él esperaba; como una roca firme en medio de la inclemencia de la tempestad. Por tal razón afirmó que la gloria más grande que uno puede ofrecerle a Dios es la total desconfianza en nuestras fuerzas, descansando completamente en la protección de Dios. Esto constituye un reconocimiento sincero de debilidad y una confesión verdadera de la omnipotencia del Creador.

El hermano Lawrence vio sólo el plan de Dios en todo lo que le pasó. Porque amaba la voluntad del Señor tanto, logró que en su voluntad propia reinara una paz total. Aun cuando le decían de algunos grandes males en el mundo, elevaba su corazón a Dios, confiando en que Él obraría para el beneficio del orden general. Cuando le preguntaron cuál sería su respuesta, si Dios le daba la opción de vivir o morir e ir al cielo inmediatamente, replicó que le dejaba la opción a Dios, porque no tenía nada que ver con ese asunto. Sólo esperaba que Dios le mostrara su voluntad.

La atadura natural nacionalista a los lugares santos no le preocupó. Los que tenían ideas opuestas a él, lo amaron. Trató de ser bondadoso en general, sin favoritismo marcado por personas; por quién o para quién lo hacía. Era ciudadano del cielo, sin interés alguno en las cosas terrenales. Sus puntos de vista no se limitaron por el tiempo, porque contempló nada más que al Eterno y su naturaleza se había transformado a semejanza del Padre celestial.

El amor de Dios reinó tan completamente en el corazón del hermano Lawrence que le entregó todos sus afectos a Dios. La fe lo hizo mirar a Dios como verdad soberana; la esperanza lo hizo pensar en Él como la felicidad suprema; y el amor hacia Él lo hizo pensar en Dios como el más perfecto de todos los seres; como la perfección misma.

En cada lugar, en cada trabajo, el amado hermano Lawrence encontró a Dios por todas partes. Mientras reparaba zapatos y oraba con la comunidad. No tenía la

premura de ir a un retiro, porque encontraba a Dios, para adorarlo y alabarlo, tanto en su trabajo diario como en la profundidad del desierto.

El único propósito del hermano Lawrence fue hacer todo por amor a Dios. Por consiguiente, no le importaba lo que hacía. Todo lo que le importaba era lo que hacía para Dios. Estaba Dios, y no en la actividad que realizaba. Supo que mientras más cosas hacía contra su inclinación natural, más grande era el mérito de su ofrenda amorosa al Altísimo. Descubrió también, que la pequeñez del trabajo no disminuía el valor de su ofrenda, porque Dios no considera en nuestro trabajo, sino el amor que lo acompaña.

Otra característica del amado hermano Lawrence fue su firmeza extraordinaria, que en otra época de su vida había llamado intrepidez. Demostró tener un alma magnánima, que traspasaba todos los temores y la esperanza de todo lo que no fuera Dios. No fue codicioso; nada lo asombró; nada lo asustó. Esta estabilidad de alma vino de la misma fuente donde adquirió todas sus virtudes. Tenía un concepto exaltado de Dios que lo hizo pensar de Él como la Justicia soberana y la Bondad infinita. Estaba seguro de que Dios no lo engañaría y que le haría sólo bien, porque estaba resuelto a hacer todo lo posible para no defraudarlo por amor de su nombre.

Lejos de amar a Dios por sus beneficios, lo amó como si no hubiera el castigo eterno o un galardón para ganar. Deseó la gloria de Dios y el cumplimiento de su santa voluntad. Esto se demostró en su enfermedad que lo condujo a la muerte. Aun en su último suspiro, su espíritu de una manera libre expresó los mismos sentimientos como si hubiera estado en perfecta salud.

La pureza de su amor fue tan grande deseó, si hubiera sido posible, que Dios no tomara en cuenta ninguno de los servicios que le había rendido. Sólo actuaba para la gloria de Dios sin ningún interés personal. Pero Dios no permitía que nada pasara sin premiarlo y muchas veces experimentó la presencia divina de manera extraordinaria. Entonces clamaba a Dios: "¡Esto es demasiado, oh Señor! Dad, si es tu voluntad, estos favores y consuelos a pecadores y a las personas que no te conocen para atraerlos a tu redil. En cuanto a mí, que tengo el privilegio de conocerte por fe, creo que es suficiente. Como no te he negado nada de lo que tengo y has sido tan generoso conmigo, acepto, oh mi Dios, tus favores. Todavía concede, si está en tus santos designios, que luego de haberlos recibido, pueda devolvértelos de la misma forma que tú me los has dado; porque conoces muy bien cuáles son los regalos que busco. El mejor regalo que me puedes ofrecer es conocerte en tu plenitud, y no puedo contentarme con nada menos."

Los momentos de oración inflamaron su corazón con más amor, lo cual no estaba preparado para contener sus efectos. Se vio muchas veces, en contra de su voluntad, con su semblante radiante.

Recordando sus primeros años antes que descansara en Dios, el hermano Lawrence les hablaba a sus hermanos de la manera siguiente:

¡Oh bondad, tan antigua y tan nueva, demasiado tarde te he amado!

"¡Hermanos! No actúen de esta forma. Ustedes son jóvenes. Sacadle provecho a esta confesión sincera que les hago de no haber sido cuidadoso cuando decidí consagrar mi vida a Dios. Consagren su vida por amor de su nombre. Si lo hubiera sabido al principio de mi vida cristiana, y si alguien me hubiera dicho las cosas que les digo hoy, no hubiera esperado tanto tiempo para amar en realidad al Todopoderoso. ¡Creedme! Tengan como perdido el tiempo que gastan fuera de la presencia de nuestro Dios amoroso."

Como amar a Dios y al prójimo es lo mismo, el hermano Lawrence miró a sus semejantes con el mismo afecto que sentía por el Señor. Creyó que esto fue lo que

Cristo expresó en el evangelio; que cualquier cosa que se hiciera a favor del más pequeño de sus hermanos, se tomaría en cuenta como si se le hubieran hecho a Jesucristo. Fue particularmente cuidadoso en servir a sus hermanos. Cuando trabajaba en la cocina no le importaba hacer un aparte y ayudarlos. Ese lugar convertido en un pequeño cielo se caracterizaba porque el hermano Lawrence trataba a todos sus amigos como si fueran ángeles. Su amor inspiró a todos los que le sucedieron.

Asistió al pobre en sus necesidades en cuanto estaba a su alcance. Los consoló cuando tenían problemas, les dio su consejo. En fin, hacía todo el bien que podía por su vecino y jamás trató de hacerle daño a nadie. Hacía todo lo posible para ganar hombres para el Reino de Dios: La muerte no espantó al hermano en lo absoluto. En su lecho de muerte mostró su estabilidad, una resignación y una alegría extraordinarias. Su esperanza se volvió más firme y su amor más ardiente. Si amó a Dios profundamente durante su vida, no lo amó menos en su muerte. Pero la virtud que estimó sobre todas las demás, fue la fe que se hizo particularmente vigorosa, arrojando con fulgor su alma.

Se le dio algún tiempo antes de morir para reflexionar solo en la gracia que Dios le había dado durante su vida. Cuando le preguntaron cómo fue su peregrinaje con Dios, contestó que hizo lo que tenía que hacer por toda la eternidad: "Bendecir, alabar, adorar, y amar a Dios con todo mi corazón. Ese es nuestro único propósito, hermanos, adorar a Dios y amarlo, sin preocuparnos por el porvenir."

Al día siguiente, el 12 de febrero de 1691, sin perder su claridad mental, el hermano Lawrence durmió en los brazos del Señor. A los ochenta años de edad le entregó su alma a Dios con la paz y la tranquilidad de una persona cuando duerme. Su sueño fue un letargo manso que lo ayudó a pasar de esta vida a la otra mucho más bendita. Es fácil concluir que su muerte fue preciosa a los ojos del Señor, la cual fue seguida por sus galardones que ahora disfruta en gloria. Su fe fue premiada con una visión clara; sus esperanzas con una certeza; y su amor en ciernes con un amor consumado.